

# LA OPERACION «GLU GLU»



El medio normal de actuación del Ejército del Aire es el que le da su nombre: el aire. Sin embargo, en ocasiones, cuando la patria gime por alguna catástrofe, sale en ayuda de sus conciudadanos sin pensar en los riesgos y sin esperar nada a cambio: salvar vidas es su misión y su recompensa.

Entonces, el medio de actuación normal se trastoca y puede ser tanto el aire como la tierra, o el agua.

Lo que hoy os cuento es un claro ejemplo de ello.

LEOCRICIO ALMODOVAR, Coronel de Aviación

**1** 4 de octubre de 1957. Lunes, Valencia amaneció inundada. Muchas familias ya habían sentido el desgarrón de alguno de sus miembros durante la noche; teníamos noticias de que habían muerto o desaparecido algunas personas que fueron sorprendidas por la riada mientras dormían. Otras familias habían quedado aisladas.

Como de costumbre, me encontraba a las 8 de la mañana en el Salón de Actos de la Base de Manises dispuesto a escuchar la cotidiana conferencia. Pero aquella mañana no hubo.

Conocido el desastre, se organizó un grupo de voluntarios para tratar de salvar a los que estaban aislados.

Fletamos un camión. Más tarde saldría otro con más voluntarios que

actuarían por la calle de las Barcas y adyacentes. En el nuestro echamos chalecos y botes salvavidas de nuestro equipo de supervivencia sobre el mar, radios de campaña—entonces aún no sabíamos que eran “Talky walky”—maromas y otros instrumentos que nos sirvieran para nuestra aventura.

Subí al camión por los pelos; ya en marcha. Al ir al Pabellón de Oficiales a cambiarme el uniforme por el antiguo mono de vuelo de verano, cuando salía de esta guisa, tuve que gritarles y correr. Con las prisas, casi se van sin mí. De haber ocurrido así, ahora no estaría contando esta historia. Pero no ocurrió.

Nos dirigimos hacia el barrio de Campanar situado en la margen izquierda del Turia. Allí, rodeado por

las aguas que bajaban rápidas, turbias y en gran cantidad, había aislada una familia entera, incluidos los abuelos.

Llegamos al puente de Barcelona. Echamos pie a tierra y nos adentramos por él. El agua lo hacía temblar. Lo sentíamos a través de nuestras botas. Y había un gran ruido producido por el agua.

Pero no pudimos seguir; casi todo el último arco ya no estaba. Había sido arrastrado por la corriente.

Desde esta plataforma veíamos a los “náufragos” que desde la azotea nos hacían señales. Los tranquilizamos con las nuestras. También vimos la parte baja del edificio que estaba sin paredes; sólo tenía los pilares maestros y el agua pasaba

por donde quería; algo así como un poblado lacustre.

Pero en vista de que por allí no podíamos pasar, se decidió dar la vuelta y cruzar el puente de San José para entrar en el edificio por la dirección opuesta.

Los aislados dejaron de hacer señales cuando nos vieron marchar. Luego supimos que sus mensajes no eran para llamarnos, sino para que nos retirásemos del puente, pues estuvimos sobre una gran losa —lo que quedaba del arco— que se podría caer de un momento a otro y con la que nos habríamos ido río abajo. Horas después, como presuponían, la losa cayó al río.

Al salir del puente ocurrió la primera anécdota. Un grupo de personas que observaban, se nos acercó y comentaron entre ellos: "Che, miren, les americanos". "No, no somos americanos, somos españoles, el hecho de llevar chalecos salvavidas con letreros en inglés, no quiere decir nada". "Ah... ¿son vostros aviaors...?". "Si, de la Base de Manises", "Soldats... ¿No?". "De todo... mire aquellos dos son Comandantes, quince Oficiales, dos Suboficiales y tres Soldados... los que hemos podido venir con las prisas...". "Che... cualquiera lo diría...".

Subimos de nuevo al camión; al

pasar por el Paseo de la Pechina se detuvo. Un compañero nos hacía señas desde la ventana de su casa —debido a la inundación, aquella mañana habían fallado muchos que no pudieron ir a la Base— para unirse al grupo. Esperamos. Pero ante la premura, el Cte. Barsen dio orden de seguir. Cuando habíamos rodado unos metros, los que íbamos detrás vimos venir corriendo a un hombre perfectamente uniformado modalidad 6-A; hasta los guantes puestos. Le ayudamos a subir y cuando se le pasó el jadeo, dijo: "a tus órdenes mi Comandante, se presenta el Capitán Chamorro que se une al grupo, dispuesto a lo que sea", nos refamos porque contrastaba con nuestras pintas, pero nos alegramos por que éramos uno más y reconocimos su gesto de haber tomado el camión con más esfuerzo que el resto.

Seguimos. Pasamos el puente de San José y viramos a la izquierda paralelos al río por la carretera de Barcelona jalonada de árboles a ambos lados; en pie los de nuestra derecha; los de la izquierda tumbados hacia corriente y sujetos por sus raíces que seguían agarradas a un gran socavón longitudinal donde el agua formaba una catarata.

En este tramo, la carretera estaba cortada por el agua en una distancia de unos cincuenta metros. Al otro

lado y a la derecha, una hilera de edificios menos dañados y detrás de éstos, el que describimos al principio con los aislados.

Ya no podíamos proseguir con el camión. Pero teníamos que pasar para sacar aquellas personas.

Nuestra solución fue pasar por el lado derecho de los árboles que aún estaban en pie, atravesando la corriente de agua, llevar una cuerda para establecer una "cabeza de puente" y posteriormente, sacar por allí a los pobres vecinos.

Pasaron el Cte. Barsen y cuatro más para explorar el terreno. Lo encontraron factible y nos hicieron señas de tender la cuerda.

La cogimos entre diez y nos metimos en el agua separados unos cinco metros. Uno se salió de la línea y se hundió hasta el cuello por caer en una acequia que no vimos. Lo "pescamos" y lo mandamos al camión donde se lió en una manta. Los demás seguimos adelante con el agua por debajo de las rodillas.

Llevaríamos recorrida la mitad del trayecto, cuando empezamos a notar con sorpresa que, al levantar un pie para dar un paso, se nos iba hacia la izquierda. El agua había aumentado en volumen e intensidad.

La situación se agravó pues ya no se podía dar un paso sin caerse. El Cte. Tojeiro se arriesgó y ¡zas! ... al agua "¡no sueltes la cuerda...! ¡agarra fuerte...!".

Pero dejemos por un momento, a este hombre y veamos qué le ocurrió al resto de los "navegantes".

La punta de la cuerda no llegó al otro lado. Los que iban rezagados fueron ayudados por los de atrás y recogidos en la orilla de partida. Los que estábamos en el centro, allí nos quedamos con el que se había caído y sujetando la cuerda.

El agua nos empujaba con fuerza y lo único que pudimos hacer fue derivar cada uno hacia un árbol donde fuimos materialmente empujados por la corriente. El que iba primero, el Cap. Pardo, cuando pudo, ató el cabo en su árbol y lo propio hicieron con la otra punta los que quedaron atrás y fuera de la corriente. No pudieron sacarnos a los cinco, a pesar de tirar de la cuerda con todas sus fuerzas.



La señora que dio a luz la noche de la riada. Se le cortó el cordón umbilical en el helicóptero



Estado en que quedó uno de los coches arrastrados por las aguas

Mi posición, en segundo lugar, era inmediata a la del que perdió pie pero para que me oyese, le tenía que gritar; era mucho el ruido que hacía el agua: “¡¡¡Infla el chaleco!!!”. Así lo hizo disparando sus botellitas de CO<sub>2</sub>. “¡¡¡No toques el silbato y ahorra energías!!!” —nos habían dicho que empleásemos el que llevábamos en el chaleco si necesitábamos ayuda—. Y Tojeiro, sin árbol en el que apoyarse, siguió agarrado a la cuerda, pero el agua le saltaba por encima de la cabeza y casi no podía respirar. Se ahogaba. A pesar de tocar el silbato que cada vez sonaba más flojo y con menos intermitencia entre pitada y pitada, de sus gritos pidiendo auxilio y de sus señas implorantes, la corriente era tan fuerte que nadie pudo salir de su “escondite”. Sólo asomar un poco alguna parte del cuerpo y se sentía la desagradable fuerza del agua que nos sacaba del tronco. ¡Que sensación de impotencia da tener un hombre ahogándose a cuatro metros y no poder hacer nada por él!

Después de un buen rato de forcejear y agotadas sus fuerzas, Tojeiro se desprendió de la cuerda y salió disparado, desapareciendo rápidamente de nuestra vista. Recé. No sabía si por su cuerpo o por su alma, pero recuerdo que en lugar de acabar el Padre Nuestro con el “Descanse en paz...”, lo hice con el “Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo”, por si había suertecilla.

Y quedamos cuatro: Rafael Pardo, yo, el Cap. García Crespo y

el Tte. Bautista; estos dos en un mismo árbol.

Debido a la riada de la noche, en la base de los árboles había quedado acumulada gran cantidad de broza, maderas, cañizo, etc. que formaban un gran andamio. Su altura era un poco más baja que la mía y me estaba clavando los salientes en el cuello. El agua batía en mi espalda y lo que arrastraba la corriente —muebles, troncos, tablas, animales muertos— me daban unos tremendos estacazos en el cuerpo. Todos pensamos que esperar a que un objeto nos diera en la cabeza y nos hiciera perder el conocimiento era mucho esperar. Nos subimos con esfuerzo a nuestros providenciales escalones y, aunque no eran un palco en la Maestranza, al menos nos permitían ver los toros desde más alto. Nos

acomodamos como pudimos y entonces vimos con terror que una nube negra nos fue cubriendo.

A todo esto, Chamorro también hubo de ser evacuado al camión: en un alarde de compañerismo —heroísmo diría yo— gritó “¡¡¡Hay que salvarles aun a costa de nuestras propias vidas!!!” y se tiró a la corriente perfectamente uniformado arrastrando con su ejemplo a unos cuantos. Y como de lo heroico a lo ridículo a veces hay un solo paso, al darlo, cayó en la acequia hundiéndose, quedando la gorra flotando como única señal de su posición; lo sacaron y desistieron; era una locura. Menos mal que en este lugar el agua tenía poca corriente.

Empezó a llover. Los que habían pasado me hicieron señas de que Tojeiro se había salvado cogiéndose y subiéndose a la copa de uno de los árboles tumbados del otro lado. Le pasé la noticia a los otros aislados y vi cómo por radio informaban a los que habían quedado atrás, fue un momento de alegría, que nos animó mucho. No todo iban a ser penas. Recordé mi Padre Nuestro y sonreí.

El agua seguía aumentando de nivel. Mis piernas empezaron a sentirse nuevamente. Pardo y García Crespo, al darse cuenta de ello, se subieron a la copa de su árbol reptando por el tronco. Quise hacer lo propio, pero el mío era más grueso y no lo abarcaba con mis brazos. A



Los condecorados con la Cruz del Mérito Aeronáutico. Junto a nuestros tres compañeros otros participantes en el salvamento, con los helicópteros y en otras misiones

pesar de ello, presionando fuertemente con mis brazos y rodillas, pude subir unos dos metros. Ya estaba más cerca de una rama transversal que creí alcanzar. Al soltarme de una mano para agarrarla, me resbalé y fui a caer al sitio de partida, afortunadamente; me hice unos raspones en las muñecas, pero era tan grande la necesidad, que me dispuse a intentarlo de nuevo. El Cte. Balanzategui —al cual lloré un año más tarde por matarse tripulando un Sabre— me hizo señas desde mi derecha de que me estuviese quieto y me ordenó inflase mi chaleco. Me resistí a esto pues mi tronco estaba algo inclinado hacia mí y mi postura aún sería más incómoda con el pecho más voluminoso con él inflado. Se puso tan enérgico con sus señas, que no tuve más remedio que tirar de la botella; de una solamente. Asintió con la cabeza.

Rafael Pardo, en situación dominante, me tiraba madroñitos del árbol y se reía. Se puso su gran mano apoyando el pulgar en su nariz y se burlaba. Me hizo reír. Aún quedaba moral.

Bautista quedó en su pedestal; al verlo, me entró más risa. Era un poema; se había quitado el pantalón del mono de vuelo y con razón; cuando estábamos en el agua, los bolsillos situados a la altura de las espinillas nos hicieron de vela al llenarse de agua y aún tiraba más de las piernas. Pero la verdad es que no estaba muy airoso, su uniformidad era: botas de vuelo, piernas al aire, *braslips*, cazadora de vuelo con el chaleco y... ¡la gorra!

Empezó a subir por el tronco. Se asió a una rama. García Crespo le tendió su mano desde arriba. "¡Ya lo ha conseguido!". Pero se resbaló y con menos fortuna que yo, cayó al agua en plancha de espaldas. En el aire, agitó sus piernas en un intento de equilibrio. A pesar del chale-

co, los fuertes remolinos de la cascada lo hundieron. Pasé unos momentos de angustia deseando verlo aparecer; pero no salía. A unos diez metros aguas abajo, lo vi emerger violentamente impulsado por su chaleco, no pude distinguir sus facciones. Su cabeza sin gorra parecía la de un muñeco de barro colorado en la que sólo se veía una gran boca abierta, buscando el aire que le faltaba. Movié los brazos tratando de cogerse a lo que fuera y desapareció de mi vista a una velocidad increíble.

Apoyé mi frente en el tronco y muy impresionado recé de igual manera que por Tojeiro. Rafael ya no me tiraba madroños.

La lluvia arreció y fue constituyéndose en tormenta. El agua continuaba subiendo. Intentar alcanzar la copa de nuevo era muy arriesgado,



En primer término, a la derecha, el árbol en que se salvó Tojeiro. Al fondo, las casas en cuyo tejado se encaramó Bautista

máxime con lo ocurrido a Bautista. Me estuve quieto. Como la mente improvisa muy bien en los momentos difíciles y yo no quería morir —veintiséis años y a punto de ser padre por primera vez, eran motivos suficientes para inventar algo— se me ocurrió que a la par que subiera el agua, yo también iría subiendo aprovechando su presión; algo así como los recogedores de dátiles que apoyan su espalda en una trenza plana de cañamo para subir a la palmera.

Otros pensamientos malos fueron: si se volcaría mi árbol, si aguantaría lo que tenía debajo, si se me haría de noche, si mis fuerzas resistirían, si el movimiento del agua

—que era mareante— me daría vértigo, si sentiría hambre— Había tomado un café con leche y unas galletas antes de las ocho y cuando cogimos la cuerda ya eran las once y media—. Y muchos más pensamientos.

Todo esto, queridos amigos, se tarda menos en contarlo que en pasarlo.

Vi a Pardo temblando de frío e indicándome por señas que su mujer estaría muy preocupada sin saber nada de él. Le comuniqué que la mía no tenía ni idea de aquello porque estaba en Aspe con sus padres esperando el nacimiento.

La lluvia arreció y perdí de vista cualquier signo de vida. Se oscureció de tal forma y caía tanta agua que ¡no veía a los demás árboles! ahora sí que estaba solo. El nivel del agua ya alcanzaba mis rodillas y su impulso me salpicaba hasta la cintura. La lluvia me azotaba la espalda y sentía un fuerte dolor en las orejas. Luego supe que tanto azote no fue causado sólo por el agua, sino por el respetable granizo que la acompañaba.

Me apreté más contra el tronco y cerré los ojos porque temí por ellos.

Seguía deseando vivir y aprovechar el agua que me escurría por la cara para beber. Hubiera sido absurdo pasar sed en aquellas circunstancias.

Cayó un rayo. Vi la luz a pesar de tener cerrados los ojos; sin solución de continuidad sonó un enorme trueno. El árbol se sacudió. Cayó otro y casi me tiró hacia atrás, pues sentí un intenso calambre que me entró por las heridas de mis brazos que tenía abrazados al árbol. "Lo que faltaba; se ve que esto está decidido; no hay solución".

Me asusté definitivamente. Pensé en mi mujer y en lo que esperábamos y me dieron ganas de llorar. Fue una gran desesperación al darme cuenta de que no conocería a

mi hijo —estaba convencido de que sería varón—. Me entró una gran congoja.

Entonces me acordé de la patrona de mi pueblo, la Virgen de las Nieves, y le hice esta promesa: "Si salgo de aquí y en vez de hijo es hija, le pondré tu nombre". Al invocarla me rehíce, me tragué la rabia aunque no el miedo, y me serené. Pensé que lo mejor en aquellos momentos sería arreglar mis cuentas e hice un acto de contrición bueno. Ya poco más tenía que hacer; sólo acurrucarme contra el árbol y esperar la decisión de la Providencia. Quedé tranquilo y dispuesto.

Y como tenía bastante tiempo y no podía hacer otra cosa, me puse a rezar el Rosario con los dedos; las tres partes. Pero perdí el sentido del tiempo. Y mezclé las avemarías con los pensamientos que me venían.

Como sentía frío me entró un gran temblor; esto también me distrajo de mis rezos.

Y no sé cuanto tiempo empleé. La gran tormenta descargó a las tres y media de la tarde y yo bajé de allí a las cinco y media.

De pronto, un rayo de sol inclinado iluminó el tronco bendito. "¿Será verdad o es que...?". El nivel del agua descendía rápidamente. "¿Será una ilusión...?".

No lo era. Era una realidad. Las figuras humanas empezaron a animarse, Rafael, G. Grespo...; los de los extremos de tierra firme nos hacían gestos de júbilo al ver que seguíamos en los árboles. Muchos curiosos volvieron a las ventanas de sus casas. Aquello estaba resuelto. Vi por mi izquierda que nuestros compañeros entraban en el agua unidos a los artilleros de Paterna y portando otra cuerda; uniformes caqui fundidos con los monos grises. Pisaban con precauciones pero con seguridad. La corriente ya no podía con ellos. Entonces pensé: "Si ellos pueden andar, yo también". Y salté de mi estrado cayendo de pie al agua. Me quedé con las manos en jarras y las piernas abiertas, como el Coloso de Rodas.

La escena era emocionante y la alegría subió de tono cuando por los tejados de unas casas algo separadas corriente abajo, vimos a Bau-

tista haciendo señas de que estaba bien. Había llegado allí porque en su desesperación pudo agarrar las puntas de un olivo que emergía del agua; posteriormente estudió que lo arrastrado por la corriente daba en unas casas, frenaba su carrera y poco a poco, llegaba a la esquina y desaparecía definitivamente en la corriente del Turia. Calculó fríamente su trayectoria y lo logró. Subió al tejado que estaba muy próximo al agua y allí aguantó la gran tormenta.

Abrazos, besos, lloros. El Cte. Balanzategui que llegó desde el otro lado casi me revienta del apretón que me dio. "¿Qué hora es...?" "Las cinco y media". "¡¡... hemos esta-



Este socavón produjo la cascada que arrastró a Bautista

do ahí seis horas...? ¡¡". "No hijo, no... ¡seis siglos!".

Por fin se sacó a la familia y nos metimos todos juntos al camión; mantas, coñac...; a continuación, los compañeros útiles sacaron más familias usando los botes que movían con los brazos apoyándose en cuerdas tendidas por arriba, como tranvías; el total, sin contar a nosotros cinco, fue treinta y dos personas.

Regresamos a la Base dejando a los que tenían alguien en Valencia que los acogiese. Los que habían perdido todo, se vinieron con nosotros. Allí se habilitaron varias Escuadrillas para ello. El otro camión

también llevó refugiados y otros lo hicieron voluntariamente. Eran las once de la noche y Valencia daba pena; sin luz, arrasada y con agua por sus calles. El aspecto era terrible pero había algo muy grande dentro de aquel camión: una enorme fe en la vida, en el prójimo y en Dios.

A la mañana siguiente me levanté como si me hubiesen dado una paliza; vi un brillante sol. Los helicópteros ya habían llegado y traían más rescatados. En uno de ellos, se le cortó el cordón umbilical a una señora que había dado a luz la noche anterior y aguantó así la vida de su hijo hasta que la atendieron. Las ambulancias no daban a basto a trasladar personas a la enfermería y a las Escuadrillas.

Yo, sin poder casi andar, me senté en la rotonda de la torre a ver la gran actividad. Me habían sacado una silla y puesto un puro en mi boca. Recapité: que hermoso era ver a las Fuerzas Armadas movilizadas en apoyo de la población civil.

Cuando pude, fui a Aspe a ver a mi mujer; no sabía nada de mí por que estuvimos sin teléfono unos días. Al llegar después de muchas horas de viaje y varios transbordos por estar cortadas las vías, me tuve que meter en cama por una grave bronconeumonía. Pero también salí de ella.

El mando premió nuestra acción concediendo Cruces del Mérito Aeronáutico al Cte. Barsen, Jefe de la expedición y a los Tenientes Bautista y Tojeiro que se llevó el río.

Valencia creó "La medalla de la gratitud de la ciudad de Valencia" que, previa solicitud, nos concedió.

Y esta riada que costó más de noventa vidas y muchísimos daños materiales, dio paso al proyecto "Plan Sur" para desviar el Turia y que en parte fue costado por todos los habitantes de Valencia a base de pagar una "estaca" en las cartas: Un sello de un real por cada franqueo.

Y eso fue casi todo lo que pasó, en la que nosotros, de broma, y por onomatopeya de la acción de tragar agua, de nominamos "Operación Glu-Glu".

¡Ah!, mi esperado hijo no fue varón: se llama Marfa de las Nieves.